

**ENSAYO SOBRE EL
DESENVOLVIMIENTO
POLITICO
DE EL SALVADOR**

**LA NUEVA
CENTRO AMERICA,**

Carta abierta



**ENSAYO SOBRE
EL DESENVOLVIMIENTO
POLITICO
DE EL SALVADOR**

**LA NUEVA
CENTRO AMERICA,
Carta Abierta**

Alberto Masferrer



3504

ENSAYO

EDITORIAL CLASICOS ROXSIL

ISBN 84-89541-90-6

Primera Edición

Editorial Clásicos Roxsil, 1996

Diseño de portada:

José L. López

HECHO EL DEPOSITO LEGAL

DEL ARTICULO 15 DE LA LEY DEL LIBRO

Clásicos Roxsil

NOMBRE REGISTRADO

4ª Av. Sur Nº 2-3

Santa Tecla, El Salvador, C. A.

ENSAYO SOBRE EL DESENVOLVIMIENTO POLITICO DE EL SALVADOR

Prólogo a la segunda edición

Este ensayo, como muchas de las obras de don Alberto Masferrer, fue escrito desde la perspectiva del periodista, o con la bien intencionada idea de editar un manual que pudiera llevarse en el bolsillo para fines puramente instructivos.

Aún dentro de su brevedad, esta obra recoge, además de acertadas apreciaciones históricas, un penetrante análisis político del acontecer, primero, a nivel de Centro América y, enseguida, en la vida de nuestro propio país.

Es obvio que para evaluar la vida política de una de las parcelas de la Patria Mayor, había que recurrir al marco de la Federación, pues de ella habrían de brotar las virtudes o los vicios que habrían de darse en la porción secesionada. Aunque advierte que la unidad habría sido lo deseable, alaba con sinceridad la independencia centroamericana; pero se duele porque recién conseguida, comenzaron las tendencias separatistas que habría de costar, como él lo dice, "ríos de oro y de sangre".

Incursiona en las actitudes que dejó la colonia, y juzga las dos fuerzas más poderosas de aquella

época: la milicia y el clero. Una y otra, según Masferrer, habrían de ser el más sólido sostén del statu quo. El pasado, como él lo juzga, estaba en contra de la república democrática soñada por los paladines de la independencia que, ingenuamente quisieron hacer de Centro América una copia de los Estados Unidos de América.

Del pasado nacieron tantas suspicacias que, en el análisis de Masferrer, la federación resultaba insostenible. Y para rehacerla una vez rota, se recurrió, según Masferrer, a la vía fácil de las armas que sólo sirvieron para encender odios y sentimientos de venganza o de intervención de unos en los asuntos propios de los otros. Ese, para Masferrer, fue el camino equivocado. La vía correcta era otra y él la plantea así: "Después de tantos esfuerzos sin fruto, llega para nosotros, con los albores del siglo vigésimo, la verdadera, la única forma posible de verificar la grande aspiración de ser uno: la aproximación primero, la unión después".

De sus reflexiones sobre la federación ya rota, pasa al análisis de la vida política de nuestro país. En este punto, dejamos al lector para que haga sus propios juicios.

Luis A. Aparicio

**ENSAYO
SOBRE EL
DESENVOLVIMIENTO
POLITICO DE
EL SALVADOR**

I

Sería la mejor celebración de nuestra independencia evidenciar que fue para nosotros un bien; una conquista merecida y bien aprovechada.

Como un bien la estima la generalidad, salvo cuando se trata de la fase política; que entonces, despechos, tristezas, desalientos y otros afectos se condesan en esta frase: ¿por qué hablar de independencia si no existe?, ¿cuál es la libertad de que gozamos?

Sobre que son cosas muy distintas la libertad y la independencia — puesto que ésta consiste únicamente en que un pueblo no dependa de otro — no hay razón, nos parece, para renegar de nuestra vida de pueblo emancipado.

Verdad es que algunas colonias inglesas están mejor constituidas que ciertas repúblicas de América; mas si nos comparamos con las colonias de otros

pueblos, no son, ni lo fueron jamás, objetos dignos de nuestra envidia.

Ser libres, alcanzar esa suma de libertades tan armoniosa y tan completa que hace de cada ciudadano un rey en su hogar, sin más señor en el estado que la ley, no es, ciertamente, el fruto de unos cuantos lustros; es la paciente labor de muchos siglos. Para lograr esa libertad los pueblos de Europa han bregado mil años, y todavía son contados los que la disfrutan entera.

Así, la emancipación no debe mirarse sino como un camino hacia la libertad.

¿Qué parte de ese camino hemos recorrido nosotros?

II

Apenas declarada la independencia surge en los emancipadores la idea de una confederación. ⁽¹⁾ Sugeríales tal proyecto el ejemplo de los Estados Unidos, a quién entonces era moda imitar, y se los presentaba como lógico y hacedero, el pensamiento de que la forma confederativa sería, en la

república, la natural continuación de la vida colonial, unitaria en la monarquía.

Aquellos hombres generosos, más soñadores que estadistas, se dieron entonces a imaginar paraísos, y creyeron que bastaba el deseo para que sus figuraciones endémicas se cristalizaran mediante leyes escritas.

Haciendo a un lado el hecho monárquico — herencia del indio, que no conoció jamás otra forma de gobierno; herencia de España, en quien la monarquía era casi teocrática — organizaron una república; y como la confederación era una novedad seductora para sus cerebros de especuladores, organizaron una confederación.

Cómo aquellos sueños se desvanecieron, lo sabemos. Arriba, en los mandatarios, la tendencia irresistible a manejarlo todo, a ingerirse con poder absoluto hasta en el pensamiento y en la conciencia. Abajo, en la masa, la costumbre — transmitida secularmente a través de la sangre de dos razas — de obedecer sin restricciones, de sujetar ideas, actos y sentimientos al poder de un hombre, para ellos un rey, aunque se

llamara presidente o vice jefe; un verdadero monarca cuyo poder venía de Dios.

Para sostener ese poderío, ya casi ilimitado, estaban la milicia y el clero. Aquel soldado era el antiguo paladín, devotísimo de su señor y de su dama; despreciando al pechero, fiándolo todo a los tajos de su espada de dos manos, a los botes de su lanzón y a las resistencias de su escudo. Con otras armas y otro vestido, no ya bajo el dominio de un rey, pero siempre de un señor, allí estaba para sostener contra viento y marea la voz del jefe, la voluntad del amo, el antojo del señor, que concedía honores y ascensos.

Buscáramos en vano en el alma de aquellos hombres de guerra ni una sola de las ideas que rigen la mente y la conducta de los ejércitos modernos: ese culto a la ley, ese respeto a la patria impersonal, esa abstención absoluta de la política militante, esa enclaustración en la disciplina y en la ordenanza.

No, aquel hombre de armas que sobre su escudo no ponía más que al rey, no era nada bueno para sostener abstracciones

republicanas; su instinto era la fuerza, su inclinación y su interés servir a los fuertes.

El sacerdote, para quien república y herejía eran la misma cosa; creyendo que todo poder viene de Dios; horrorizado al recordar que la Revolución Francesa había proscrito el culto y derribado los altares, buscaría también, por todos los medios, la restauración del poder absoluto, y ya que no fuera posible revenir hasta el trono, aceptaría el dominio estable de las dictaduras, dándoles su apoyo en cambio de la tranquilidad, del sosiego y de la conservación incólume de sus prerrogativas.

De este modo la república democrática y confederada tenía en su contra el pasado, los instintos, las costumbres, los intereses, las preocupaciones; en su favor no más que el cariño de unos pocos soñadores: Una tímida aurora en lucha con la oscuridad cerrada y densa.

III

Si solo estos obstáculos impidieran la realización de aquel ensueño, tal vez las

cinco provincias hubieran llegado, no a una confederación democrática, pero sí a una república unitaria y aristocrática, más monarquía que república, o a una dictadura militar, como la existente hoy en Méjico; y de ahí tal vez hubieran surgido hábitos de orden y de trabajo, respeto al principio de autoridad, y prosperidades materiales, que fueran el camino de futuras transformaciones.

Pero un nuevo elemento apareció en seguida en forma de tendencias separatistas. Por debajo de los espíritus elevados y benévolos estaban los suspicaces que exigían entrar en el pacto federal en condiciones de absoluta igualdad; querían alejar todo peligro de que Guatemala ejerciera ni la más leve supremacía sobre los demás estados; temían que con apariencias de federación subsistiera la Capitanía General: un organismo en que Guatemala sería el corazón y el cerebro; el antiguo reino de Guatemala, en fin.

Y como Guatemala era el asiento de la nobleza y del alto clero, la morada de los militares más influyentes, la ciudad más culta y más rica, esos temores no eran vanos ni

eran tampoco inmotivadas las tendencias de Guatemala a gozar de aquella tan recelada hegemonía.

A las suspicacias de unos y a las exigencias de los otros, añadamos que era Guatemala el baluarte de las ideas conservadoras, el santuario de la tradición ultramontana, y las provincias. Focos nacies de ideas liberales, muy tímidas aún, mas no por eso menos atrevidas y escandalosas en el concepto de aquel tiempo.

Contra esas ideas, esos intereses, esas suspicacias, luchó incesantemente la federación, nunca sólida, nunca bien constituida, rota por un lado apenas recompuesta por otro. La espada de Morazán fue para ella como una batería eléctrica para un cadáver: a cada contacto parece revivir; en realidad, siempre está muerta.

IV

Después de Morazán, sus discípulos llenan una gran parte de nuestra historia con la persecución de la misma idea servida por iguales medios: la unión por la fuerza.

Alianzas, dictaduras, guerras de estado a estado, derrocamiento de gobernantes, no tienen otro origen. Cualquiera de esos acontecimientos que se examine, siempre se hallará esto: uno o varios fieles de Morazán que buscan el poder, la fuerza, para realizar la unión. Este es siempre el móvil de aquellas gentes, en parte siquiera. De cierto, en el alma de Máximo Jerez, tan cándida como valerosa, brilló más de una vez ese pensamiento, ocultando con sus esplendores los nubarrones de la invasión de Walker.

Hermoso tiempo aquel, de la lucha por una grande idea: fecundo en errores y en heroísmos; hermoso hasta en sus faltas; sembrado de admirables episodios y de luminosos contrastes; época legendaria que prestará un día asuntos al drama y a la novela históricos, y que servirá siempre como de levadura espiritual a nuestras pequeñeces y oscuridades.

V

Sin duda, el escollo que rompió a Morazán era demasiado rígido para que en él no se

estrellaran sus adeptos. Sus fracasos fueron otras tantas victorias del separatismo; y así, mientras morían poco a poco las esperanzas de la reconstrucción, forjábanse en distintos moldes los estados; adquirían formas características y determinadas; convertíanse en pueblos, con intereses diferentes y hasta con diversas tendencias.

Así, llega un momento en que Carrera se llama "Fundador de la República de Guatemala"; Gerardo Barrios desaparece de la escena, y la estrella de Morazán, que todavía alumbraba en nuestro horizonte, parece extinguida para siempre.

Más tarde, cuando —en virtud de ese poderoso instinto vital que tienen las ideas lo mismo que las cosas, y que se manifiesta siempre en reacciones— Rufino Barrios alzó el estandarte de la unión por la fuerza, fue El Salvador quien echó la última palada de tierra en el sepulcro de esa idea.

¡Cosa extraña, Guatemala recogiendo la palabra de Morazán y El Salvador ahogándola!

Así fue, sin embargo, y así debía ser, conforme la lógica de la historia. Porque no pudiendo las ideas exteriorizarse sin que todas las impurezas del elemento humano las deformen y las manchen, aquellas luchas por la unión habían cavado abismos entre los pueblos; ríos de oro y ríos de sangre habían corrido entre los que antes fueran hermanos: los odios crecidos hasta desbordarse, los egoísmos lastimados hondamente; las desconfianzas erizadas, y por sobre todo, el recuerdo de las humillaciones, el deseo de la venganza y del desquite, hacían ineficaz la acción de la fuerza para amasar sustancias tan heterogéneas.

Así, la nueva cruzada se presentó a los espíritus como una guerra de conquista, y el pueblo más devoto de Morazán enterró en Chalchuapa al último de sus fieles.

No más volverá a alzarse el caído estandarte: a la empresa de tremolarle, seguiría su abatimiento inmediato. Porque los tiempos han cambiado; porque estos pueblos han cambiado, y ha de cambiar, necesariamente la forma de realización de aquella idea.

VI

Apenas fracasada la última tentativa de reconstrucción por la fuerza, algunos espíritus generosos e impacientes creyeron e intentaron realizar la unión por medio de pactos entre los gobiernos; efímera e infantil empresa, que la Historia casi no ha tenido tiempo de registrar. ⁽²⁾

¡Fundir a meros convenios lo que Morazán no pudo juntar golpeando por doce años con su martillo de cíclope en el yunque de Vulcano; eliminar de la Historia con un protocolo la marejada de sangre que nos separaba!

En verdad que los pueblos no son de cera.

Esa nueva forma unionista ha desaparecido también, barrida por el soplo más leve, para dar lugar a procedimientos más lógicos y más eficaces.

Después de tantos esfuerzos sin fruto llega para nosotros con los albores del siglo vigésimo, la verdadera, la única forma posible de verificar la grande aspiración de ser unos: la aproximación primero, la unión después.

En esta nueva cruzada fraternal y pacífica, ocupa El Salvador el puesto que le corresponde. Si en nuestra edad heroica fue pródigo de su sangre, si su corazón no dejó nunca de palpar por aquel evangelio, será también ahora el primero en las fraternidades, el primero en los acercamientos de la convicción y del cariño; el primero en la benevolencia para olvidar discordias; el primero en la noble impaciencia de fundir tendencias e intereses.

Congresos jurídicos, congresos de estudiantes, congresos de maestros, congresos de periodistas; unificación de las leyes de la enseñanza, de la moneda, de las tarifas; carriles que crucen las fronteras y nos amarren con cadenas de hierro; cuantos medios conduzcan a la comunión espiritual y material: he ahí la senda segura que estamos recorriendo ya, y en cuyo término nos aguardan las sombras de Morazán y de sus héroes.

Por lo que toca a este país esa es su voluntad manifiesta. Acto explícito de esa voluntad suya fue la evolución política de 1898, cuya

consecuencia inmediata fue la ruptura del Pacto de Amapala, y cuyos resultados posteriores han sido entrar francamente en este derrotero de preparar la unión por medio de la aproximación.

Los hombres escogidos para iniciar este nuevo sistema, interpretan legítima y exactamente su espíritu. El Congreso Jurídico promovido y realizado aquí recientemente, fecundo como ninguno en vínculos de fraternidad centro americana, ha evidenciado la fidelidad de nuestro gobernante y de sus colaboradores al pensamiento de la Nación, y ha traído la certeza de que no se apartarán en nada, de lo que exigen las nuevas ideas.

VII

A grandes rasgos hemos procurado señalar el desarrollo de la idea unionista y sus transformaciones hasta la época presente. Ensayemos ahora el análisis de nuestra vida interna.

Los primeros gobernantes de El Salvador, a contar de la ruptura definitiva del pacto federal, halláronse rodeados de los siguientes elementos:

El clero, adverso o amigo, según que las ideas del gobernante fueran adversas o favorables a la supremacía de la iglesia sobre el estado. El ejército, preponderando en la nación, porque venía de jugar el papel principal en las luchas morazánicas: un gremio valiosísimo como apoyo y temible como enemigo; aspirando cada vez más a desempeñar el primer puesto. Algunos hombres de principios, empapados en la democracia pura, y que no veían nada que no fuera sus ilusiones políticas. En fin el pueblo, es decir, casi todo el país, dispuesto a someter a la voluntad del mandatario la resolución de todos los asuntos, hasta de los esencialmente privados y personales.

Eran, pues, los mismos factores que encontramos al nacer la federación, unos intactos, otros más acentuados y definidos.

A más de estos, la constitución escrita, que reviste al mandatario con facultades

excesivas, y que le hace único responsable del poder ejecutivo.

De tal manera, que no solo el alma de las razas que forman estos pueblos, la herencia de los siglos, las costumbres, todos los factores internos, colaboraban el hecho monárquico, sino que el error de los teóricos venía también a dar al presidente de la república, casi los poderes de un rey.

Esta vez, como antes, el espíritu de novedad nos hizo tomar por modelo a los Estados Unidos; como si en algo nos asemejáramos a ese pueblo.

Lo mismo que los próceres de la independencia, olvidamos el hecho monárquico, es decir, todo el pasado. Ese hecho pesaba, sin embargo, en nuestra historia, como un monte.

Y como no se pueden suprimir los hechos, lo que no quiso sancionarse en las leyes escritas, existió sin embargo, en la realidad, y las sedicentas repúblicas fueron monarquías electivas, donde los electores armados ejercieron sus funciones sangrientamente. ⁽³⁾

VIII

Esta oposición entre los hechos y las instituciones escritas fue fatal.

Sus frutos fueron erigir la mentira en sistema de gobierno. De un lado, el poder, procurando siempre guardar las apariencias; de otro, el pueblo, contentándose siempre con que las apariencias se guardaran. En último resultado, la tiranía hipócrita y el pueblo farsante.

Todos los intereses e ideas que tienen como fin la perpetuidad del poder — y en este caso eran la mayoría de los intereses, y sobre todo de los instintos — contrariados y combatidos por la fórmula escrita, por la organización ficticia de nuestra Carta, buscaron un medio de vida y de triunfo, y creyeron encontrarlo en la reelección.

Todos los que, ciegos sobre el verdadero origen de nuestros males, aspiraban al gobierno modelo que se habían imaginado, pensaron a su vez que todo se salvaba estableciendo la alternabilidad.

Cada letra de esas palabras nos ha costado una lluvia de sangre.

Una, sin embargo, la reelección, significaba un hecho, un cúmulo de hechos, una condensación de muchas y distintas fuerzas. La otra era, no más, un expediente buscado para extirpar lo que tenía sus raíces en las almas y en los siglos. Pues, en verdad, si los gobiernos, como hemos procurado demostrarlo, tendían siempre al despotismo porque todos los factores sociales estaban inficionados de virus monárquico, con la alternabilidad no se lograba sino cambiar de déspotas: tener en un período de tiempo, en vez de un tirano, una dinastía de tiranos.

Cada vez más fuerte la lucha de la doctrina con el hecho, éste se hizo bárbaro y aquella pueril: del primero salieron crueldades y salvajismos; de la otra brotaron más y más expedientes, trabas en la constitución escrita, mallas sutiles, tejidas con la más rara suspicacia, que, en vez de suavizar el despotismo no lograban sino exasperarlo y volverlo disimulado y artero.

No de otro modo se explica el extraño fenómeno que han presenciado estos pueblos, donde con los códigos más amplios

en libertades han coexistido los gobiernos más absolutos.

Extremando las cosas los partidarios de la alternabilidad llegaron a pensar que hasta el período de mando era asunto de capital importancia, y lo fijaron recelosamente ya en dos, ya en seis, ya en cuatro años. Se adivina cómo los partidos hicieron punto de su credo político unos la reducción y otros la ampliación del período presidencial; de modo que el primer cuidado de los que triunfaban en las revoluciones, fue, por una reforma de la Carta, reducir o alargar ese tiempo.

¿Cómo no se les ocurría que esos no eran sino accidentes que en nada alteraban la esencia de las cosas?

Para un mal gobierno, un año es demasiado, para uno bueno, cuatro años es poco; para uno excelente, todo plazo es corto.

IX

Esta discordia, cada vez más honda, entre la aspiración y el hecho, explica la faz revolucionaria de nuestra historia.

Pero hay otros factores que afirman los tonos del cuadro. Otros elementos discordantes entre sí desde los primeros días de la emancipación, vinieron a tomar puesto en el combate:

Las ideas liberales y las ideas conservadoras luchaban a su vez, y en el deseo desmedido del triunfo, procuraron tener de su parte al poder. De ahí los gobiernos de partido, alternativamente liberales o conservadores, imponiendo con todas sus fuerzas las doctrinas de su agrado. Un gobernante liberal, significaba el imperio casi absoluto del liberalismo; un conservador, el reinado de la tradición.

Error lamentable. Porque, acostumbrado el pueblo a cambiar de credo, en la apariencia siquiera, cuando cambiaba de amo, no podían arraigar realmente, ni unas ni otras ideas y resultó al cabo, volverse todos indiferentes, prontos a fingir lo que el gobernante quisiera. Al fin y a la postre, no solo no hubo partidos verdaderos, es decir, organizados, sino que los elementos confusos de cada uno, convirtiéronse en elementos de tiranía.

El gobernante, poderoso ya con exceso, alcanzó así a influir en las conciencias. Algo muy semejante a los tiempos en que Inglaterra cambiaba de credo religioso según que el rey se llamaba Enrique Octavo o María Tudor.

Cómo, con tantos y tan grandes motivos de absolutismo, no llegamos a tener reyes del Asia en vez de dictadores más o menos duros, es cosa que se atribuiría a milagro, si no supiéramos que las ideas son de una maravillosa e incontrastable fuerza. Las ideas reinantes, el soplo de libertad y de tolerancia de la Revolución Francesa, refrescando suavemente el alma de los pueblos y de sus gobiernos, iba civilizando a unos y a otros, y contrarrestó las exasperaciones del poder absoluto.

Fenómeno es éste que merece detenido estudio, porque es una consoladora lección para los pueblos; porque les lleva la certeza de que pueden alcanzar la cultura y la libertad, sin necesidad de la orgía de sangre de las revoluciones.

Vemos así, en efecto, que en Rusia el Czar de hoy, con el mismo absoluto poder de Iván

el Terrible y de Pedro el Grande, es sin embargo, un hombre humano, culto, de espíritu amplio, muy lejos de sus predecesores. Ciertamente Nicolás II es todavía dueño de vidas y haciendas, y jefe de la religión; señor de los cuerpos y de las almas. Pero en vez de cortar cabezas con sus propias manos como Pedro el Grande, suprime la deportación a Siberia e inicia la Conferencia Internacional de la Paz. Ese hombre es el amigo de Tolstoi, el escritor que más y mejor representa el porvenir en Europa.

Por esa ley de evolución, nosotros, que pudimos caer en la más completa barbarie, somos un pueblo semiculto, un pueblo que progresa. Y a pesar de la lucha encarnizada que pudo tornarnos en fieras incorregibles, nos humanizamos y nos civilizamos. Ya no veremos un tirano que en sus momentos de ebriedad mande fusilar a sus mejores amigos, para buscarles, apresurado, cuando despierte de su locura de aguardiente. Ni veremos que este pueblo se vengue, mostrando en una jaula herrumbada por el

aire y la sangre la cabeza fatídica de aquel extraño déspota.

Esta ley de evolución, civilizándonos pausada pero seguramente, mientras la revuelta nos barbarizaba; esta marcha simultánea de dos sistemas, trayendo uno la cultura, el orden, el trabajo, y el otro el desorden, la rusticidad y la ferocidad, son la última faz de nuestro desarrollo como entidad política.

X

Real y verdaderamente, la revolución no nos ha traído sino males.

Realizando periódicamente por las armas el cambio de gobierno, creó, por fuerza, toda clase de prerrogativas para las gentes de la espada, hasta el punto de poner en sus manos los destinos de la nación. Así nos dio el militarismo.

Necesitándose grandes sumas de dinero — para derrocar al gobierno por una parte — para sostener al gobierno por otra — trajo la costumbre de los empréstitos forzosos, que han hecho imposible el trabajo y casi destruido la propiedad.

Necesitando de secuaces, echó mano de cuantos se aprestaban a servirla, adquirió compromisos, y abrió el camino del poder, muchas veces, a hombres que jamás hubieran influido en la política de un país bien organizado; y como natural compensación, rechazó a los hombres buenos, retrayéndolos de la vida pública.

Originando cada vez un profundo trastorno en la administración pública, sucedió que cada gobierno surgido de las armas se encontró obligado a rehacerlo todo; la tela de Penélope, tejida y destejida para cada revuelta, solo que ahora los hilos fueron de trabajo y de sangre. ⁽⁴⁾

Queriendo la revolución triunfar, y el gobierno sostenerse, buscaron uno y otra la intervención de los gobiernos vecinos; malhadada política que ascendió más el odio entre pueblos hermanos, y nos puso varias veces bajo la dependencia de los extraños.

Repitiéndose, en fin, el escándalo con harta frecuencia, adquirimos entre los pueblos

fuertes el concepto de ingobernables, buenos solo para explotarse, en tanto llega la hora de repartírselos.

Descrédito, sujeción, miseria, desorden, ferocidad, atraso y tiranía, esos son, esos han sido para nosotros los frutos de las revoluciones.

Cien mil personas, cuando menos, han perecido o se han inutilizado para el trabajo en nuestras revueltas y en nuestras guerras internacionales, ¡Cien mil personas, un país que apenas alcanza un millón de habitantes!

¿Y para qué? ¿Qué Revolución Francesa hemos hecho? ¿Qué Carta Magna hemos alcanzado? ¿Qué unidad de Italia hemos forjado? ¿Qué guerra de los boers, qué empresa grande, en fin, se llevó la sangre de esos millares de hombres y el trabajo de medio siglo?

Aventuras, que no tienen ni el brillo de las cosas grandes ni la fuerte serenidad de las cosas útiles.

Aventuras donde no hubo más que la intención, el buen deseo, y de las cuales una

historia harto benévola, juzga con el criterio de que las intenciones bastan.

Pues bien, en política las intenciones no bastan. En política, Don Quijote ha de aparecer con mucha discreción, y nunca separado de su escudero Sancho; porque los intereses que se juegan son sagrados, y porque cada locura se paga con el trabajo y con la sangre.

Esta es, precisamente, según Víctor Hugo, la lección que dio Cervantes a los pueblos: piensa en tu pellejo: es decir, piensa en que tu trabajo y tu vida no deben jugarse al azar y por el empeño de fantasmagorías, sino para lograr cuando haya probabilidades bastantes, conquistar progresos ciertos y duraderos.

Que los soñadores cedan su puesto a los estadistas. Y estadistas son, no los hombres que tuvieron buenos deseos, buenas intenciones, sino los hombres que hicieron, los que saben traducir sus ideas en hechos y darles a estos vida intensa y durable.

XI

Nuestros adelantos; lo que de verdad y con permanencia tenemos ya de civilización, ¿a qué lo debemos?

A la evolución; a la influencia invasora de la cultura exterior, que en este siglo dispone de maravillosos medios de propaganda.

Las ideas vuelan en nuestros tiempos: van en el soplo de las tempestades, en las aguas de los ríos, en las alas de los cóndores y de las águilas, en la ola que corre de orilla a orilla del océano. La electricidad es hoy el mensajero del pensamiento; el batir de sus alas refresca las frentes más oscuras, y su beso de luz alumbra el alma de los pueblos más remotos.

En pocos años el Japón, sin revueltas, se convierte en un pueblo de Europa; en pocos años, sin revueltas, los Czares se han tornado en hombres, y la Rusia en un pueblo de intelectuales; en pocos años, Méjico, sin revueltas, se ha puesto a la par de los dos pueblos más avanzados de la América hispana.

La paz, el orden, el trabajo, han hecho esos milagros.

Nosotros, ya lo dijimos, por virtud de la evolución y a pesar de las revueltas, marchamos también.

Son los hombres de letras, son los hombres de ciencia, son los labradores de la tierra y los empresarios de la industria y del comercio, son los maestros, son esos mismos dictadores, influidos por las ideas, los autores de nuestro progreso.

Ellos también han contribuido. El pueblo, que lo comprende así, rectifica constantemente sus juicios respecto a esos hombres a quienes, en ciertos momentos, ha cubierto con su abominación. Un dictador, el más francamente dictador entre todos, es ahora recordado y venerado por este pueblo; otro, muy odiado en su tiempo y mejor comprendido ahora, es quien nos dio un teatro, el palacio nacional, el primer parque, la biblioteca pública y el telégrafo.

Así de los demás, la conciencia pública irá rectificando, y la historia serena que todavía no es tiempo de escribir, dará a cada uno lo

que es suyo; descartando lo que fue culpa de los tiempos y mostrará a cada gobernante, en su exacta figura, con sus propias manchas y con sus propias luces.

La tiranía, dice Víctor Hugo, no son los hombres; son las cosas:

"Los tiranos son la frontera, las costumbres, la rutina, la ceguera en forma de fanatismo, la sordera y el mutismo, en forma de diversidad de lenguas; la disputa en forma de diversidad de peso, medida y moneda, el odio resultando de la disputa, y la guerra, resultando del odio. Toda esta clase de tiranos tienen un solo nombre: Separación".

Por sobre todo, la ignorancia: cuando nosotros hayamos enseñado y *habituado* a leer, siquiera a los dos tercios de nuestro pueblo, habremos hecho cien veces más, mil veces más que todas las revoluciones.

En resumen: lo que nos atrasa y acabaría por matarnos, son las revoluciones; lo que nos salvaría, son la paz, el trabajo y el orden.

Es preciso cerrar la era de las revoluciones.

XII

A la hora en que estamos, es ya visible la transformación evolutiva de nuestra existencia política.

La idea unionista, alcanzando su más lógica forma, no es ya motivo de odios ni desconfianzas. Abandonando su manto de púrpura, se viste con el blanco ropaje de la paz y busca su realización unificando los espíritus y fundiendo los intereses.

Las aspiraciones autonomistas, ideal carísimo a los salvadoreños, han alcanzado ya la última victoria: tres gobiernos se han sucedido sin la más leve intervención extraña, y no es creíble que reaparezca ese pernicioso elemento que tanto nos ha costado eliminar.

Las ideas liberales y las conservadoras, luchan en campo ajeno a la influencia oficial, con amplitud y tolerancia; las conquistas que realizan, se deben al esfuerzo propio, y tienen, por consiguiente, vida más duradera.

Los odios internacionales se menguan visiblemente: once años llevamos de paz entera y franca con nuestros vecinos, y todo

anuncia que este período, excepcional en nuestra historia, se prolongará por mucho tiempo.

El cambio de gobierno se ha realizado —por primera vez desde hace muchos años— sin costarnos una lluvia de sangre, y sin trastornar todos los resortes sociales.

A los gobiernos de partido suceden los gobiernos de administración: el que ahora nos rige ha sustituido especialmente, la idea política por la idea económica, y así como otros hicieron punto de sus programas el trabajar por liberales o conservadores, este persigue como objetivo principal de sus labores, mejorar la hacienda pública, sostener el crédito, no emitir papel moneda, y amortizar en cuanto se pueda la deuda interior.

Que los impacientes y los soñadores suspiren porque no vamos en hecho de libertades como la Suiza o como la Inglaterra: nosotros, al hacer el recuento de nuestras jornadas, tomamos como punto de vista nuestro propio pasado; y tendemos desde ahí la vista para sondear el porvenir.

XIII

Ese porvenir ¿no encierra más amenazas y más peligros que los que hasta ahora hemos arrojado?

Los pueblos no existen aislados en el planeta. Por encima, o mejor dicho, sin contacto ninguno con los vínculos voluntarios de la diplomacia, existen vínculos irrompibles que atan a las naciones, haciéndolas participar fatalmente en el resultado de sucesos que les son extraños. Así, hay entre ellas una solidaridad evidente, benéfica unas veces, perjudicial otras, pero siempre más peligrosa para los más débiles.

Como en el océano la ola flexible y dócil lleva a todas partes la más leve presión ejercida en un punto cualquiera de la masa, así en la vida internacional corre la influencia de los sucesos de uno a otro extremo de la cadena. La ola que aquí no hizo sino mecer blandamente un grande barco, hace zozobrar más allá un esquife. Así lo que eleva y fortalece a un pueblo, va de rechazo a sumergir o a debilitar a otro.

En el momento que corremos, esa fatal solidaridad es temible: la política colonial de Europa es una constante amenaza para los pueblos de otros continentes. La política expansionista de Norte América — que no depende, como piensan algunos, del triunfo momentáneo de un partido, sino de que ese pueblo ha llegado al período de vigor y de intensidad en que toda fuerza se expande — es una tromba suspendida sobre nuestras cabezas.

Esta es la hora de la raza anglosajona; es también la hora de todos los elementos vivos de las razas germánicas.

La doctrina de esos pueblos es que las razas superiores han de extenderse y vivir a costa de las inferiores.

Sus necesidades y sus intereses les dicen que los inferiores son los que no tienen fuerza.

La aplicación de la doctrina, ya la hemos visto en Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, El Transvaal y la China.

¿Quiénes serán las próximas víctimas?
¿Cómo puede evitarse el peligro? La cuestión

es tan complicada como pavorosa. Nosotros no tenemos ni espacio ni capacidad para resolverla: Pero hay una cosa evidente: y es que los pueblos revoltosos, los que den a la guerra y a la holganza lo que deben al trabajo, a la paz y al orden, serán los primeros arrollados por esa tempestad.

La hora es solemne, el peligro cierto, las advertencias claras. ¡Ay de quien las desprecie!

RESUMEN:

La idea unionista, servida primero por la fuerza, luego por convenios entre mandatarios, y ahora por la espontánea aproximación de las ideas y de los intereses.

La tendencia separatista, sirviendo de obstáculo a la federación, convirtiendo las provincias en naciones.

Las ideas liberales y las ultramontanas, buscando y escalando el poder, como un medio de imponerse, y apartándose luego, paso a paso, de la influencia oficial, hacia un campo de lucha independiente.

El hecho monárquico y la idea democrática, luchando entre sí por constituir la forma de gobierno, y resolviendo siempre sus luchas en crisis revolucionarias.

El ideal autonomista creciendo, hasta establecer en la práctica el principio de no intervención, y dándonos así la paz con los estados vecinos.

Los gobiernos de partido, convirtiéndose lentamente en gobiernos de administración.

En fin, la tiranía, suavizándose por la influencia de la cultura exterior, por la fuerza expansiva de las ideas reinantes, y también por la evolución de las fuerzas internas.

Sean cuales fueren los aciertos o los extravíos de nuestro criterio al mostrar el engranaje y la acción de esos factores sociales, ellos son, nos parece, los que explican nuestro desenvolvimiento político. Tomándolos como puntos de vista, un historiador hábil sabría mostrar a plena luz el confuso cuadro de nuestra historia, y esa exhibición esparciría claridades bastantes para leer en el porvenir.

Nuestro ensayo aspira a insinuar un plan. Nada más.

NOTAS

(1)—En el capítulo II, donde dice confederación, debe leerse federación.

(2)—Meses antes de que fracasara el pacto de Amapala, combatimos, en una carta abierta dirigida al doctor don Rubén Rivera, el sistema unionista que representaba la Dieta. Nuestro modo de pensar a ese respecto, no es nuevo.

(3)—Dicen que San Martín, tan grande capitán como Bolívar, y tal vez mejor estadista, deseaba para los pueblos de América el gobierno monárquico.

Sea lo que fuere, y aunque todavía existe un sedimento de absolutismo en el alma indo-hispana, creemos que la monarquía no es ya una forma de gobierno buena para este continente.

(4)—No exageramos al trazar el cuadro de las revoluciones. En 1894, al pasar la revolución, no quedaba en el país nada que pareciera una escuela.

Lo que en ese ramo había trabajado un hábil ministro, desapareció por completo. Así había desaparecido, cuando la revolución anterior, la obra incomparable del General Menéndez. En 1890, los soldados de Rivas o los de Ezeta, destruyeron, por antojo, el laboratorio de química de la Universidad. No sabiendo qué utilidad podían sacar de las redomas y vasijas, las rompieron a machetazos. Hechos así, por centenares.

NOTA FINAL

Este ensayo debía presentarse al certamen iniciado por el Diario de El Salvador para celebrar el octogésimo aniversario de nuestra independencia. El autor, después de hablar del desenvolvimiento político, no se ha sentido capaz de estudiar el desarrollo social. Esta segunda fase del tema es muy extensa, y no hay para facilitar su estudio, los valiosos trabajos que tanto ayudan a comprender la historia política.

**LA NUEVA
CENTRO AMERICA**

CARTA ABIERTA

San José de C.R. 28 de Octubre de 1898.

Sr. Dr. don Rubén Rivera

Sonsonate, El Salvador

Mi estimado amigo:

Por las repetidas defensas suyas publicadas en el Diario de El Salvador, adivino que es usted objeto de incesantes ataques que le dirigen los que piensan de diferente manera que U. en el asunto de la República Mayor de Centro América.

No se me alcanza mucho de política, y por eso me he abstenido de participar en tan difíciles cuestiones. Sin embargo, no puedo vencer el deseo de formar con usted en la vanguardia, siquiera como el más oscuro de los combatientes. Así, no considere usted el poco valor de este esfuerzo, sino la convicción mía de que es usted quien más hondo ha visto en el problema.

A orgullo tendría estar en todo conforme con usted. Pero esos temores suyos de que el

alma de la confederación puede malograrse por llevar desde su nacimiento gérmenes viciados, son en mi amarga cuanto firme creencia de que fracasará por completo.

Es ley histórica, a la cual no le conozco excepción ninguna, que las ideas, para convertirse en hechos, han de estar en proporción con los hombres llamados a realizarlas; han de encarnarse en quienes sean dignos de simbolizarlas, de darles vida. Así, para la unidad germánica, Bismarck, Guillermo, Von Moltke, y tras de ellos, una pléyade de grandes figuras. Para la unidad italiana, Víctor Manuel, Cavour, Mazzini, Garibaldi; para difundir la democracia en Europa, Bonaparte; y, antes, aquel semillero de colosos de la Revolución; para crear la libertad inglesa, Hampden, Milton, Cromwell, y cientos más de igual talla. Siguiendo la relatividad de las cosas, no requería la unidad centroamericana menos que un padre Delgado, un Morazán, un Cabañas, Jerez, Valle, Barrundia, Gálvez, etc. y si no cerebros como aquellos, siquiera limpios corazones, capaces de hacer venerables y de dar vida, a fuerza de patriotismo, a tan grande intento.

¿Pues quiénes son los que la simbolizan? El señor Bonilla... el señor Zelaya...! Excúseme de comentarios, que me saldrán muy amargos.

Es constante y rigurosamente exacto en matemáticas que los sumandos dan la suma. ¿Sucedo lo mismo en política? ¿Escribo, en todo caso, que "La unión hace la fuerza"? Creo que no. Si así fuera, la fuerza de las naciones estaría siempre en razón directa de su número de habitantes y de la extensión de su territorio, y el Japón no existiera ya, fracasado por la masa enorme de los hijos del cielo. En política — así lo decía no ha mucho el doctor Zambrana — solo produce fuerza la unión de las fuerzas; solo energía la suma de energías. Unir debilidades, unir descréditos, unir enfermedades, unir cánceres, no dará jamás resultados positivos.

Estos son los momentos en que es casi imposible transitar por la mayor parte de los caminos de esos tres Estados. Todos sabemos qué horrible impresión trae el sólo recuerdo de aquellos profundos "baches", de aquellos pantanos sin término que separan, como si estuvieran a enormes distancias,

ciudades y aldeas que debieran estar en fácil y frecuente contacto. ¿Y es lógico suponer que pueblos que no han podido por sí solos procurarse regulares caminos, los tendrán buenos sólo porque se funden en una sola entidad? Estos son los momentos en que Nicaragua no tiene más moneda que sangrientos papeles de valor nominal; en que El Salvador no puede pagar ni siquiera la policía urbana; en que Honduras dormita bajo la pesadumbre de su legendaria bancarrota. ¿Y es lógico suponer que esos tres pueblos van a recuperar su riqueza y su crédito, sólo porque se abriguen bajo una sola bandera? Y aplicando igual raciocinio — por desgracia es perfectamente aplicable — a las escuelas, al telégrafo, al correo, al ejército, a la administración de justicia, al manejo de las rentas, a cuanto constituye nuestra existencia política y administrativa, ¿es lógico suponer que del vicio, del desorden, de la enfermedad, de la incuria unidos, van a brotar la salud, el orden, la tranquilidad, la riqueza? No habría entonces sino fundir en una la Turquía, los persas, los afghanos, y ya tendríamos la nación grande por excelencia, feliz en su vida interior e incontrastable en sus relaciones con las demás.

Pero si no hemos de hallar en la Unión ninguno de esos elementos de prosperidad, ¿qué hallaremos? ¿Cómo se explica esa fe, ese entusiasmo con que tantos esperan encontrar en ella el remedio de nuestros males? Ah, el origen de esas ilusiones es bien triste! Es el cansancio, es que estamos hartos de revueltas, hartos de apurar la copa sin fondo de los trastornos, y buscamos por instinto algo que nos asegure la estabilidad, el reposo; y soñamos, sin analizar nuestro sueño, con una mano férrea que asiente y equilibre los alborotados elementos de nuestras sociedades. Océano quebrantado por la tempestad, suspiramos por el tridente de Neptuno, que reprima las turbulentas olas de nuestra vida. No de otro modo se explica esa primera tentativa de constituir la nueva nacionalidad bajo el sistema unitario, ni es otro el secreto de la zozobra con que todos volvemos la mirada al gobierno federal, inquiriendo si está bastante poderoso para contener y extirpar este maldito cáncer de nuestros pueblos enfermos. Y tanto es nuestro desesperado afán por el remedio, que ni siquiera advertimos que pretenden

enviarnos hombres que llevan en sí mismos el contagio y la muerte.

¡Más qué mentira buscar la salud en la confusión de nuestros males! ¡Qué ilusión, pensar que nuestras llagas sanarán cuando todos los ulcerados estemos juntos en un mismo hospital!

Fuera sólida garantía de viabilidad para esta obra, la certeza de que la mayoría de los interesados aceptaba gustosa la confederación. Pero todo lo contrario: los salvadoreños, ya Ud. lo ha demostrado, miran con invencible desconfianza esta unión en que entrará como principal elemento la alianza de dos hombres, o, cuando mucho, de dos oligarquías; los hondureños, por su mayor parte, maldicen de ese nuevo poder a cuya sombra cobrará nuevas fuerzas una liga detestada y funesta, y que permitirá, por otra parte, al señor Bonilla — ya lo está haciendo — imponerles un gobernante de su predilección; los nicaragüenses pierden, y por mucho tiempo, la esperanza de derribar la dictadura con más descaro impuesta en Centro América. ¡Y sería el gobierno federal quien asuma y desempeñe el papel de

proteger esas tiranías, de apañar esas farsas, de ahogar esas protestas! ¡Y será El Salvador el pueblo que, en medio de sus extravíos y de sus desventuras, mantuvo siempre vivos la esperanza y el trabajo por la libertad real y positiva del Istmo, quien afiance y mantenga esta obra inicua! ¡La Unión hecha en provecho de Zelaya! ¿Y para eso luchamos en Chalchuapa? ¿Y para eso abonamos con nuestra sangre toda la tierra de Centro América, guiados por Morazán y Cabañas?

Una como oleada de simpatía brotó de todas partes cuando hace tres años, se inauguró la Dieta de la República Mayor, semilla de la futura confederación. Se creyó entonces que, aleccionados de sobra por la experiencia, no volveríamos a emplear aquellos medios violentos, aquellos caminos de atajo que tantas lágrimas y tantas risas dejaron en nuestra Historia. Tres años fijamos, y apenas pareció bastante, para formular el proyecto de Constitución y, durante ese tiempo nadie dudó de que se echarían los cimientos para asentar en firme el grandioso edificio.

Según aquel pensamiento, en Septiembre de 1899 comenzaría a discutirse la

Constitución Federal, no sin que antes se abrieran las puertas a los emigrados de los tres pueblos; no sin que sus respectivos gobernantes probaran de manera evidente que para nada fincaban en miras personales la iniciativa de reconstruir la antigua patria; no sin que los mismos entraran de lleno en la senda marcada por la ley y el propio decoro. En fin, creíamos todos que la unión definitiva no se haría sino cuando, mediante la propaganda de actos, más que en palabras, aquella idea hubiera enraizado en el corazón de los pueblos.

Nada de esto se ha realizado, y parece que aún vivimos como en nuestros primeros años, con aquella impaciencia pueril con que tantas veces creímos labrar nuestra felicidad por la fuerza de leyes y de tratados; con aquella ignorancia de los pueblos jóvenes que todo lo esperan del entusiasmo y de la fantasía.

Y es ahora, cuando atravesamos por la más tremenda crisis de nuestra historia económica, sin crédito, sin orden, sin pan y sin la libertad positiva, cuando cegados por extrañas figuraciones vamos a correr tan rara aventura de la cual quiera Dios que no

salgamos cubiertos de ignominia, y que sólo la burla del mundo civilizado sea el castigo de nuestra ligereza.

Difícil por demás, para mi pluma, tan inexperta en cuestiones políticas, expresar elocuente y precisamente sus ideas. Muchos habrá que con benevolencia se rían de esta carta recordando la falta de juicio, proverbial en hombres de letras, según el concepto de gentes sensatas. Otros habrá que maldigan al nuevo separatista que con palabras fantasiosas viene a romper el concierto de general entusiasmo. Pero usted adivinará mi pensamiento. Usted que ya otras veces estuvo solo contra muchos, verá en estas opiniones mías, aunque contrarias quizás a las de usted en varios puntos, algo sincero, algo que tiene el sello de la convicción profunda y que por lo mismo, no puede menos de externarse a riesgo de provocar la cólera de muchos y los sarcasmos de no pocos.

Si me engañara, si contra mis pesimistas predicciones la nueva nacionalidad que va a surgir resultara sólida y duradera ¡qué dichosa derrota para usted que el primero

ha señalado el peligro posible, y aún más para mí que lo tengo por inevitable.

Su afectísimo servidor y amigo.

A. Masferrer

NOTA:

Las palabras subrayadas aparecen mutiladas en copia manuscrita del texto, hecha por don José Dolores Corpeño en la biblioteca nacional de San José, cuando era cónsul de El Salvador en Costa Rica.

Editorial Clásicos Roxsil

4a. Avenida Sur 2-3

Santa Tecla, El Salvador, C.A.

Teléfonos 228-1212 y 228-1832



FONDO EDITORIAL

1. COLECCION TEXTOS

1. LITERATURA

- 1101 LETRAS 1 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aída Alvarez, María Martha Montúfar,
Rosa Victoria S. de López.
- 1102 LETRAS 2 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aída Alvarez, María Martha Montúfar,
Elena del Carmen Romero, Rosa Victoria S. de López.
- 1103 LETRAS 3 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aída Alvarez, María Martha Montúfar,
Elena del Carmen Romero, Rosa Victoria S. de López.

2. ORTOGRAFIA

- 1201 COMO ESCRIBIR BIEN 1
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para 1º, 2º y 3er. grados
Ismael Armando Villa
- 1202 COMO ESCRIBIR BIEN 2
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para 4º, 5º, y 6º grados
Ismael Armando Villa.
- 1203 COMO ESCRIBIR BIEN 3
Texto y cuaderno de trabajo para 7º, 8º, 9º, y bachillerato
Ismael Armando Villa.

3. OTROS

- 1303 SOCIALES 7º
Gudelia Muñoz
- 1304 METODO SINTETICO DE MECANOGRAFIA
Bernardo Melero

4. CALIGRAFIA

- 1401 CUADERNO DE ESCRITURA N° 1
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para primer grado.
Cruz Amalia Aquino
- 1402 CUADERNO DE ESCRITURA N° 2
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para segundo grado.
Cruz Amalia Aquino
- 1403 CUADERNO DE ESCRITURA N° 3
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para tercer grado
Cruz Amalia Aquino
- 1404 CUADERNO DE ESCRITURA N° 4
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para cuarto grado
Cruz Amalia Aquino

5. APRESTAMIENTO

- 1501 ACTIVIDADES INFANTILES
José Luis Flores Rivas/ Silvia Amelia Hidalgo de Flores

7. MUSICA

- 1701 EDUCACION MUSICAL 1
Texto y cuaderno de trabajo para primer grado.
Oscar Manuel Doñas
- 1702 EDUCACION MUSICAL 2
Texto y cuaderno de trabajo para segundo grado.
Oscar Manuel Doñas
- 1703 EDUCACION MUSICAL 3
Texto y cuaderno de trabajo para tercer grado.
Oscar Manuel Doñas

2. BIBLIOTECA ALEJANDRINA

1. POESIA

- 2101 LA CANCION DEL PIRATA
EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA
José de Espronceda
- 2102 POEMA DE MIO CID
Anónimo
- 2103 20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCION DESESPERADA
Pablo Neruda
- 2104 JICARAS TRISTES
Alfredo Espino
- 2105 ESTAMPAS DE CUSCATLAN
Berta Funes Peraza

2106 PLATERO Y YO
Juan Ramón Jiménez

2. NOVELA

- 2201 CORAZON LADINO
Yolanda C. Martínez
- 2202 DOLOR DE PATRIA
José Rutilio Quezada
- 2203 EL PRINCIPITO
Antoine de Saint-Exupéry
- 2205 EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 2207 LA TIA TULA
Miguel de Unamuno
- 2208 MARIA
Jorge Isaacs
- 2209 MARIANELA
Benito Pérez Galdós
- 2210 PEPITA JIMENEZ
Juan Valera
- 2211 UNA GRIETA EN EL AGUA
David Escobar Galindo
- 2212 LA HIJA DEL ADELANTADO
José Milla
- 2213 VEINTE CARTAS NEUROTICAS DESDE ALABAMA
Yolanda C. Martínez
- 2214 LA ULTIMA GUINDA
José Rutilio Quezada
- 2215 ANASTASIO (La rebelión de Anastasio Aquino)
Rodrigo Ezequiel Montejo
- 2216 SUS FRIOS OJOS AZULES
Yolanda C. Martínez
- 2217 EL CRIMEN DEL PARQUE BOLIVAR
Rodrigo Ezequiel Montejo
- 2218 BARBASCO
Ramón González Montalvo
- 2219 LAS TINAJAS
Ramón González Montalvo
- 2220 A LA ZAGA
Yolanda C. Martínez

- 2221 AMOR DE JADE
Walter Raudales

3. CUENTO

- 2301 EL DECAMERON – SELECCION DE CUENTOS
Giovanni Boccaccio
- 2302 NARRACIONES EXTRAORDINARIAS
Edgard Allan Poe
- 2303 SELECCION DE CUENTOS
Horacio Quiroga
- 2304 TRES MUJERES AL CUADRADO
José María Méndez
- 2305 BOLA DE SEBO Y OTROS CUENTOS
Guy de Maupassant
- 2306 TRADICIONES PERUANAS
Ricardo Palma
- 2307 MITOLOGIA CUSCATLECA
Efraín Melara Méndez

4. TEATRO

- 2402 BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 2403 CASA DE MUÑECAS
Henrik Ibsen
- 2404 COMEDIA GRECO-LATINA:
LAS NUBES. LA OLLA. LA SUEGRA.
Aristófanes. Plauto. Terencio.
- 2405 DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO
Duque de Rivas
- 2406 DON JUAN TENORIO
José Zorrilla
- 2407 EL AVARO, TARTUFO
Molière
- 2408 EL BURLADOR DE SEVILLA
Tirso de Molina
- 2409 FUENTE OVEJUNA
Lope de Vega
- 2410 HAMLET
William Shakespeare
- 2411 LA CELESTINA
Fernando de Rojas

- 2412 LA CASA DE BERNARDA ALBA
Federico García Lorca
- 2415 LA VIDA ES SUEÑO
Pedro Calderón de la Barca
- 2416 SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR
Luigi Pirandello
- 2417 TRAGEDIA GRIEGA:
PROMETEO ENCADENADO. EDIPO REY. ELECTRA.
Esquilo. Sófocles. Eurípides.
- 2418 YERMA
Federico García Lorca
- 2419 LA VERDAD SOSPECHOSA
Juan Ruiz de Alarcón
- 2421 FUNERAL HOME
Walter Bénéke
- 2424 COMEDIA GRECO-LATINA.
LAS AVISPAS. LA OLLA. LA SUEGRA
Aristófanes. Plauto Terencio

5. ENSAYO

- 2501 CINCO GRANDES MITOS DEL ARTE EN
LA EDAD MODERNA
Matilde Elena López

6. FABULA

- 2601 FABULAS
León Sigüenza

3. COLECCION MINOS

- 3101 POESIA LIRICA - POESIA EPICA
Jorge Manrique / Otros autores
- 3102 RIMAS
Gustavo Adolfo Bécquer
- 3103 PROSA LIRICA
Alberto Másferrer
- 3104 PAGINAS
Alberto Masferrer
- 3201 EL ULTIMO ABENCERRAJE
Vizconde de Chateaubriand
- 3202 LA METAMORFOSIS
Franz Kafka
- 3401 ANTIGONA
Sófocles

- 3402 FABRICA DE SUEÑOS
Waldo Chávez Velasco
- 3403 ROMEO Y JULIETA
William Shakespeare
- 3404 OLLANTAY
Anónimo
- 3501 EL MINIMUM VITAL
Alberto Masferrer
- 3502 EL DINERO MALDITO
Alberto Masferrer
- 3503 LEER Y ESCRIBIR
Alberto Masferrer
- 3504 ENSAYO SOBRE EL DESENVOLVIMIENTO
POLITICO DE EL SALVADOR
LA NUEVA CENTRO AMERICA
Alberto Masferrer
- 3601 CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR
(y sus Reformas)

4. COLECCION MANANTIAL

- 4201 LAS PROFECIAS DE ADAN CANGREJO
Crónicas Auténticas Del Pueblo Más Lindo Del Mundo
José Rutilio Quezada
- 4301 LO QUE DICE EL RIO LEMPA
Ricardo Lindo

5. COLECCION BORLITA

- 5101 CRISTALES DE COLORES
Berta Funes Peraza
- 5301 LOS CUENTOS DE TIO CONEJO
Gelio Tomás Guzmán

6. COLECCION ANTOLOGIAS

- 6101 DESDE QUE EL ALBA QUISO...
Poemas en torno a la Madre y a la Familia

7. UNIVERSO PLURAL

- 7101 RETAZOS
Carlos Pohl